

Lorena I. Córdoba

## Los panos bolivianos en el imaginario cauchero (siglos XIX y XX)

---

### Avertissement

Le contenu de ce site relève de la législation française sur la propriété intellectuelle et est la propriété exclusive de l'éditeur.

Les œuvres figurant sur ce site peuvent être consultées et reproduites sur un support papier ou numérique sous réserve qu'elles soient strictement réservées à un usage soit personnel, soit scientifique ou pédagogique excluant toute exploitation commerciale. La reproduction devra obligatoirement mentionner l'éditeur, le nom de la revue, l'auteur et la référence du document.

Toute autre reproduction est interdite sauf accord préalable de l'éditeur, en dehors des cas prévus par la législation en vigueur en France.

**revues.org**

Revues.org est un portail de revues en sciences humaines et sociales développé par le Cléo, Centre pour l'édition électronique ouverte (CNRS, EHESS, UP, UAPV).

---

### Référence électronique

Lorena I. Córdoba, « Los panos bolivianos en el imaginario cauchero (siglos XIX y XX) », *Caravelle* [En ligne], 103 | 2014, mis en ligne le 21 avril 2015, consulté le 27 mai 2015. URL : <http://caravelle.revues.org/945>

Éditeur : Presses universitaires du Mirail

<http://caravelle.revues.org>

<http://www.revues.org>

Document accessible en ligne sur : <http://caravelle.revues.org/945>

Ce document est le fac-similé de l'édition papier.

© PUM

*C.M.H.L.B. Caravelle*  
n° 103, p. 35-50, Toulouse, 2014

*Los panos bolivianos  
en el imaginario cauchero  
(siglos XIX y XX)*

PAR

**Lorena I. CÓRDOBA\***

*Universidad de Buenos Aires/CONICET*

## **Introducción**

El auge cauchero es un hecho decisivo en la configuración histórica del Oriente boliviano. Desde principios de la década del 1870 a fines de la de 1910, el norte de la Amazonía boliviana hierve de comerciantes, aventureros, naturalistas, expedicionarios o militares que exploran, cartografían y dan a conocer las tierras pródigas en *Hevea brasiliensis*<sup>1</sup>. Utilizando la red fluvial, la industria cauchera se despliega a través de ríos como el Madre de Dios, Beni, Purús, Orton o Madera apelando siempre a la mano de obra local, no sólo necesaria para la navegación sino también para el funcionamiento de los centros gomeros, tanto en la extracción misma como en la provisión logística. Desde la óptica republicana, es tiempo de una agenda intensa marcada por la fundación de ciudades, la consolidación de las fronteras nacionales, el

---

\* Agradecemos a Pilar García Jordán, José Luis Durán, Guillermo Rojas y Emilia Hecker, Anna Guiteras Mombiola, Isabelle Combès, Frederic Vallvé, Carlos Cirbián y especialmente a Diego Villar y Hans-Joachim Wirtz por haber contribuido de formas diversas con este trabajo.

<sup>1</sup> Utilizaremos como sinónimos los términos « caucho », « goma elástica » o « siringa » más allá de sus diferencias técnicas (Barham Bradford y Coomes Oliver, « Wild Rubber: Industrial Organisation and the Microeconomics of Extraction during the Amazon Rubber Boom (1860-1920) », *Journal of Latin American Studies*, 26 (1), 1994, pp. 45 y ss.).

establecimiento sistemático de tributos fiscales y la repartición de títulos de propiedad de la tierra<sup>2</sup>.

Caucheros, colonos, militares o misioneros son caracterizados como héroes del progreso que sobrellevan innumerables penurias para anexar un territorio «desierto» o «salvaje». A partir de sus exploraciones, y del establecimiento de la maquinaria extractiva, la república no sólo tiene acceso a este territorio inhóspito sino que debe establecer o intensificar el contacto con sus poblaciones «bárbaras» o «salvajes». El indígena amazónico surge así como actor social relevante, pero contrapuesto siempre al avance del frente colonizador. En los periódicos, relatos de viaje, reportes misioneros o informes de las delegaciones nacionales comisionadas en la región, los «salvajes» aparecen siempre con un perfil ambiguo. Como en otros países latinoamericanos, la legitimación de la puja colonizadora se cifra en un postulado básico: los indígenas deben someterse al ideario del progreso por las buenas o por las malas. «Por las buenas», integrándose paulatinamente a la agenda nacional; «por las malas», transformándose en un obstáculo a eliminar —así, según un prócer como José Manuel Pando, la Amazonía debe «limpiarse» de salvajes<sup>3</sup>.

Es fácil hablar del «indígena beniano» o «amazónico» asumiendo que son todos más o menos iguales, pero no es enteramente correcto. Si observamos en detalle los informes y crónicas del período, de hecho, advertimos que es posible descomponer esa idea de un indígena amazónico genérico. Hay una gran diferencia inicial entre los indígenas llamados «civilizados», por un lado, y los «salvajes» o «bárbaros» por el otro. Dentro el primer grupo se cuenta a los cayubabas, baures, movimas, canichanas, itonamas, mojeños y también a los grupos

---

<sup>2</sup> Para más detalles sobre el impacto del auge cauchero en Bolivia, cf. Valerie Fifer, «The Empire Builders: A History of the Bolivian Rubber Boom and the Rise of the House of Suarez», *Journal of Latin American Studies*, 2 (2), 1970, pp. 113-146; José Luis Roca, *Economía y Sociedad en el Oriente Boliviano (Siglos XVI-XX)*, Santa Cruz de la Sierra, COTAS, 2001; Pilar García Jordán, *Cruz y arado, fusiles y discursos. La construcción de los Orientes en el Perú y Bolivia, 1820-1940*, Lima, IFEA/IEP, 2001; Gary Van Valen, *The ventriloquist messiah and his followers: mojo indian responses to the rubber boom in eastern Bolivia, 1860-1930*, Tesis doctoral, New Mexico, The University of New Mexico, 2003; María del Pilar Gamarra Téllez, *Amazonía norte de Bolivia. Economía gomera (1870-1940). Bases económicas de un poder regional. La Casa Suárez*, La Paz, Colegio Nacional de Historiadores de Bolivia/CIMA, 2007; Frederic Vallvé, *The impact of the rubber boom on the indigenous peoples of the bolivian lowlands (1850-1920)*, Tesis doctoral, Washington, Georgetown University, 2010; Lorena Córdoba, «El boom cauchero en la Amazonía boliviana: Encuentros y desencuentros con una sociedad indígena (1869-1912)», en Diego Villar y Isabelle Combès (eds.), *Las tierras bajas de Bolivia: miradas históricas y antropológicas*, Santa Cruz de la Sierra, El País/Museo de Historia UAGRM, 2012, pp. 125-156; Anna Guiteras Mombiola, *De los llanos de Mojos a las cachuelas del Beni, 1842-1938*, Cochabamba, ILAMIS/Itinerarios/Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, 2012.

<sup>3</sup> José Manuel Pando, *Viaje a la región de la goma elástica (N.O. de Bolivia)*, Cochabamba, El Comercio, 1897, p. 108.

referidos como «ixiameños», «tumupaseños», etc<sup>4</sup>. Todos estos grupos se consideran «civilizados» porque son tempranamente reducidos al régimen misional jesuita, o luego al secular, y porque conocen las reglas básicas de la civilidad. Otro importante divisor de aguas, asimismo, es que toda esta gente es bautizada y por tanto posee nombres y apellidos cristianos.

Hay consenso en las fuentes sobre las virtudes de estos pueblos civilizados. Comerciantes, misioneros, políticos, militares refieren una y otra vez su destreza como remeros, imprescindible para atravesar las traicioneras cachuelas del Madera –hay que decir, a la vez, que suele referirse esta habilidad en general, sin referencia a ningún grupo étnico en particular:

Pero a fines del siglo pasado, los propietarios de los centros gomeros recurrieron a los pueblos de Tumupasa, Isiamas, San José de Uchupiamonas, etc. en busca de gente, conocida ya en todo el Beni como sobria, sufrida y especialmente trabajadora; y al mismo tiempo que comenzó la grandeza y la fama mundial del Beni por su goma, comenzó también la decadencia de los pueblos nombrados, porque, desde aquella fecha, una gran parte de sus habitantes buscó trabajo en las barracas gomeras o en la navegación: apenas se encontrará una embarcación en los principales ríos del departamento del Beni que no tenga mozos tumupaseños, isiameños o de los pueblos circunvecinos<sup>5</sup>.

En términos generales, pues, hay una caracterización positiva –si bien genérica– de este «indígena civilizado», que muchas investigaciones recientes retoman al discutir las formas diversas bajo las cuales estas poblaciones logran integrarse al mercado y acceder a una plena ciudadanía<sup>6</sup>.

Nuestro interés, aquí, es otro. Comenzar a indagar quiénes son esos otros indígenas que no se sujetan al régimen misional primero y que luego mantienen una actitud ambigua frente a la expansión del boom cauchero. Individuos y grupos que se presentan algunas veces como dóciles mozos de algún barraquero, en otras ocasiones visitando las barracas para pedir regalos o intercambiar productos, y en otras atacando

---

<sup>4</sup> Guiteras Mombiola, *ob. cit.* Todo sugiere que se trata de los mismos grupos, o de mezclas entre ellos, pero categorizados en clave territorial más que étnica: así, las fuentes nos hablan de los «indios de Ixiamas», donde habitaban por ejemplo los cayubabas, pero sabemos que también había allí otros grupos de otras filiaciones étnicas y lingüísticas; en todo caso, importa destacar que se trata de criterios compatibles aunque a veces contradictorios (ver por ej. Francis Ferrié, *Renaissance des Leco perdus. Ethnobiologie du piémont bolivien d'Apolobamba à Larecaja*, Tesis doctoral, Nanterre, Université Paris Ouest Nanterre La Défense, 2014).

<sup>5</sup> Santiago Mendizábal, *Vicariato apostólico del Beni. Descripción de su territorio y sus misiones*, La Paz, Imprenta Renacimiento, 1932, p. 145.

<sup>6</sup> Entre otros, Van Valen, *ob. cit.*, Vallvé, *ob. cit.*, Guiteras Mombiola, *ob. cit.*

las embarcaciones gomeras o incluso protagonizando los asesinatos más resonantes de colonos y caucheros. Las noticias que trazan el imaginario regional sobre estos indígenas son confusas, contradictorias, fragmentarias, y cambian según el cronista de turno, la audiencia o las coyunturas políticas tanto bolivianas como internacionales.

### Pacaguaras, caripunas y chacobos

Los pacaguaras, caripunas y chacobos pertenecen a la familia lingüística pano, que se extiende por la Amazonía de Perú, Brasil y Bolivia con casi 50.000 hablantes<sup>7</sup>. En el período cauchero, los pacaguaras aparecen mencionados lateralmente en algunas barracas, tal como afirma el cura Sanjinés al describir algunas familias que pican goma para un señor Pardo en el arroyo Ivon<sup>8</sup>. El franciscano Armentia refiere una entrevista con una pacaguara del Madre de Dios que dice tener parientes en Mamorébey, lo cual coincide con lo que cuentan los mozos del cauchero Antonio Vaca Díez, que se enfrentan con ellos en ese mismo lugar<sup>9</sup>. Un año después, Clements Markham observa campamentos gomeros asistidos por pacaguaras, que les proveen bananas, mandioca y caña de azúcar<sup>10</sup>. Si bien no trabajan propiamente en la goma, los indígenas mantienen un comercio regular con los siringueros para abastecerlos. Lo mismo reporta el ingeniero Edward Matthews, quien en 1875 se encuentra con un hombre y niño pacaguaras en el río Tres Hermanos: ambos se comportan bien, visten ropas occidentales e intercambian con el viajero plátanos y maíz por machetes, hachas y anzuelos<sup>11</sup>. En su expedición por el río Beni, Edwin Heath también se topa con una familia de pacaguaras viviendo con el gomero

<sup>7</sup> Para más información sobre los panos bolivianos, cf. Diego Villar, Lorena Córdoba y Isabelle Combès, *La reducción imposible. Las expediciones del padre Negrete a los pacaguaras (1795-1800)*, Cochabamba, Nómadas/ILAMIS, 2009; Lorena Córdoba, Pilar Valenzuela y Diego Villar, «Pano meridional», en Crevels Mily y Muysken Pieter (eds.), *Las lenguas de Bolivia* (vol. 2: Amazonía), La Paz, Plural, 2012, pp. 27-69. No nos ocuparemos en este trabajo de otros «salvajes» que las fuentes describen trabajando más asiduamente en la goma como araonas, cavineños, etc.

<sup>8</sup> Fernando de Sanjinés, *Lígeros apuntes de viaje*, La Paz, 1895, pp. 60-61.

<sup>9</sup> Nicolás Armentia, *Diario de sus viajes a las tribus comprendidas entre el Beni y el Madre de Dios y en el arroyo Ivon en los años de 1881 y 1882*, La Paz, Instituto boliviano de Cultura, 1976, pp. 32-33; Edwin Heath, *La Exploración del río Beni, anotada y traducida por Manuel Ballivián*, La Paz, Imprenta de la Revolución, 1896, p. 16.

<sup>10</sup> Clements Markham, «The Basins of the Amaru-Mayu and the Beni», *The Royal Geographical Society and Monthly Record of Geography*, 5 (6), 1833, p. 324.

<sup>11</sup> Edward Matthews, «Report to the Directors of the Madeira and Mamoré Railway Company Limited», en G. E. Church (ed.), *Explorations Made in the Valley of the River Madeira, from 1749 to 1868*, Londres, Waterlow & Sons, 1875, p. 58.

Fidel Endara, ayudándolo con el caucho, con la navegación y con las imprescindibles plantaciones de mandioca, arroz, caña, etc.<sup>12</sup>.

Sin embargo, la mayoría de los testimonios son menos positivos. En primer lugar, en todos lados, se recuerda vívidamente la matanza de la barraca Buen Retiro:

En junio de 1893 la barraca Buen Retiro del bajo Beni fue asaltada por una horda de salvajes pacaguaras, en circunstancias en que la población masculina se hallaba en las labores de pica. Los asaltantes dieron muerte a unas cuantas mujeres, y entre ellas a la del capataz Manuel Jesús Parada y a varios niños, y después de pillar cuanto objeto metálico estuvo a su alcance, emprendieron la fuga hasta el cobijo de la selva. Al regresar los hombres de la faena y ver las víctimas del malón no vacilaron en emprender la expedición de castigo hasta el norte, siguiendo las huellas de los asaltantes, y al fin hubieron de alcanzarles en las cercanías de un arroyo que fue conocido desde entonces con el nombre de Pacaguara. De más está decir que los sirringeros de Buen Retiro dieron allí buena cuenta de ellos. Esta expedición de castigo fue la primera que llegó a las vecindades del Abuná, regresando de ellas con la noticia de que sus bosques también eran abundosos en sirringa<sup>13</sup>.

El comandante Edwards, quien recorre la frontera entre Brasil y Bolivia desde 1911 a 1913, propone una lectura diferente de los hechos. Las orillas del río Abuná y del Río Negro son la tierra de cacería de los pacaguaras, que la defienden celosamente del avance de los gomeros. No es fácil encontrarlos: «Los pachaquaras parecen ser el grupo más grande e importante, aunque debido a su hostilidad y miedo a los colonos, uno puede encontrarse solamente con individuos particulares que dejaron la tribu por haber sido capturados de jóvenes o bien por haber sido echados por algún quiebre de la ley tribal»<sup>14</sup>. Edwards ofrece una descripción bastante detallada de estos indígenas, y sostiene que su violencia no es más que una reacción ante los atropellos gomeros<sup>15</sup>. No menos revelador es el relato del famoso coronel Percy Fawcett, que mientras visita la central de la casa Suárez en Cachuela Esperanza, en

<sup>12</sup> Heath, *ob. cit.*, p. 16.

<sup>13</sup> Hernando Sanabria Fernández, *En busca de Eldorado. La colonización del Oriente boliviano*, Santa Cruz de la Sierra, La Hoguera Investigación, 2009, p. 76. Según otros autores, en cambio, los protagonistas de la matanza son los caripunás, que habrían matado a catorce mujeres y niños, y a raíz de la represalia gomera los indígenas se vengaron matando al propio Santos Mercado, propietario de la barraca (Ciro Torres López, *Las maravillosas tierras del Acre (en la floresta amazónica de Bolivia)*, La Paz, Talleres del Colegio Don Bosco, 1930, pp. 194-198). Para entender las razones de la confusión entre pacaguaras y caripunás, ver Villar, Córdoba y Combès, *ob. cit.*

<sup>14</sup> Herbert Edwards, «Further Frontier Work on the Bolivia-Brazil Northern Boundary», *The Geographical Journal*, 45 (5), 1915, pp. 394-395.

<sup>15</sup> Edwards, *ob. cit.*, pp. 390-391. Lo mismo reporta Marius del Castillo, *El corazón de la América meridional (Bolivia)*, vol. 1, Barcelona, 1929, p. 110.

1907, observa a dieciséis pacaguaras que aparecen de repente por el río, navegando tranquilamente, sin notar el alboroto que causa su presencia. Cunde la alarma, los peones gritan, se dispara contra los indígenas:

Los salvajes ni se inmutaron. El río, en ese punto, tiene seiscientas yardas de ancho, o sea, casi el límite del alcance de un Winchester cuarenta y cuatro. Con serena dignidad, los indígenas pasaron de largo, hasta perderse en algún pequeño afluente. Hubo rostros malhumorados después de la orden de '¡cese el fuego!', cuando se hizo un balance del gasto de municiones de precio exorbitante<sup>16</sup>.

Según el viajero alemán Richard Wegner, alrededor de 1910 los pacaguaras aparecen por el Orton y el Abuná atacando los campamentos siringueros. Los caucheros emprenden por su parte expediciones punitivas, matando a los hombres y llevándose a las mujeres y a los niños; y Wegner refiere, por ejemplo, la anécdota de un timonel que rapta una mujer pacaguara del Madidi y la toma por esposa, pero luego la deja porque la indígena defeca en la hamaca que comparten por las noches<sup>17</sup>.

Los testimonios permiten apreciar cómo se va construyendo el estereotipo sobre los pacaguaras: díscolos, peligrosos, rebeldes, imprevisibles. El reporte de la expedición de Antonio Labre y Víctor Mercier subraya en todo momento que los acuerdos con ellos siempre son frágiles, y que hay que entregarles constantemente mercaderías para apaciguarlos. Su aspecto, su lengua, sus costumbres, todo los vuelve «salvajes» y los diferencia de otros indígenas más dóciles como los araanas o los cavineños<sup>18</sup>. En estas circunstancias no sorprende que se endilguen a los pacaguaras los crímenes más grotescos:

A fines del mes de abril, la tribu salvaje de los pacaguaras asaltó la barraca de los señores Suárez y Durán, entre el Río Negro y el Abuná, matando al capataz Benjamín Pérez y a la sirvienta Petrona Paniagua. El primero fue descuartizado, llevándose los salvajes, tal vez como *bocato di cardinali*, ambos brazos. A la segunda intentaron llevársela consigo; pero los gritos de socorro a sus compañeros, próximos a la barraca, obligaron

<sup>16</sup> Percy Fawcett, *Exploración Fawcett*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1954, p. 147.

<sup>17</sup> Richard Wegner, *Zum Sonnentor durch Altes Indianerland*, Darmstadt, L. C. Wittich Verlag, 1936, pp. 246-247.

<sup>18</sup> Lo que más llama la atención es la ornamentación facial, como el adorno nasal colocado en los rituales de iniciación (para más información sobre él, ver Lorena Córdoba, *Parentesco en femenino: género, alianza y organización social entre los chacobo de la Amazonía boliviana*, Tesis doctoral, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2008). Veamos un ejemplo: « El Pacaguara se diferencia a primera vista por la manera de desfigurarse la cara. Se traspasan la ternilla de la nariz con una cañita hueca de dos centímetros de largo y a cuyos extremos remata en un recorte de plumitas muy finas. Las orejas se traspasan con largos dientes de jabalí, de un peso considerable » (*La Gaceta del Norte*, 9 de noviembre de 1887).

a los salvajes a ultimarla a hachazos, con la misma herramienta que acababan de robarse en el saqueo de la casa. Esta tribu feroz y probablemente antropófaga es la misma que, hace años, asaltó también la barraca del señor Santos Mercado, sobre el río Beni, y la que años más tarde le dio muerte en su establecimiento industrial del Abuná<sup>19</sup>.

Este tipo de notas es bastante frecuente hasta mitad del siglo XX, y a mediados de la década de 1960 todavía se encuentran noticias semejantes en los periódicos<sup>20</sup>.

No obstante, si en las percepciones caucheras los pacaguaras se presentan como bárbaros irrecuperables, hay que decir que sus parientes caripunas parecen ser iguales o aun peores. Los mismos Labre y Mercier relatan que se topan con una tribu de caripunas «quienes al divisarnos dieron muestras de marcada alegría, salieron a nuestro encuentro y nos hicieron suponer que estas espontáneas manifestaciones eran hijas de la sinceridad», pero se equivocan, pues los indígenas tratan de atacarlos a traición durante la noche<sup>21</sup>. Pando es todavía más duro: «El Caripuna es pérfido y no hay medio de reducirlo al trabajo; para asegurar este territorio y fomentar la industria gomera, la primera medida que se debe tomar, es la de alejarlos o destruirlos por medio de frecuentes batidas»<sup>22</sup>. El militar asegura que los caripunas del Abuná frecuentan las cachuelas del Madera para prestar auxilio a los viajeros si los superan en número, pero a la vez para atacarlos sin misericordia cuando son menos que ellos. No se trata del único testimonio:

Los caripunas son los que atacan las tripulaciones que hacen el transporte de la carga del comercio de San Antonio al Mamoré y de éste al río Beni. Estos mismos son los que atacan los establecimientos gomeros del Bajo Beni y Orton, hasta la altura de Puerto Rico. Son temibles en sus asaltos y precipitados en la fuga [...] cuando son tomados de sorpresa y conducidos como prisioneros, por mejor trato que se les dé, prefieren morir antes que aceptar alimento del enemigo. ¿Serán antropófagos? No cabe la menor duda; y si lo son, no es precisamente por necesidad de carne, sino por la sed de sangre de su carácter belicoso<sup>23</sup>.

---

<sup>19</sup> «Asalto de bárbaros», *La Gaceta del Norte*, 15 de junio de 1906.

<sup>20</sup> «Ataque de salvajes», *La Voz del Beni*, 19 de agosto de 1962.

<sup>21</sup> Víctor Mercier, «Diario de una expedición del Madre de Dios al río Acre», *Colección de Folletos Bolivianos de Hoy*, 3, 1981, p. 11.

<sup>22</sup> Pando, *ob. cit.*, pp. 105-106.

<sup>23</sup> Manuel Ballivián y Casto Pinilla, *Monografía de la Industria de la Goma Elástica en Bolivia*, La Paz, Dirección General de Estadística y Estudios Geográficos, 1912, pp. 75-76.

Lo curioso es que, desde el punto de vista de las fuentes brasileñas, los caripunas son caracterizados de una forma muy diferente. Una hipótesis posible es que estos indígenas habitan la frontera del Acre, problemática entre Bolivia y Brasil, y muchas opiniones varían en función de la consiguiente lógica nacionalista. Los caripunas (brasileños) compiten con los chacobos/pacaguaras (bolivianos) por la autoctonía regional: Palacios explora los ríos para el gobierno boliviano y encuentra chacobos; los Keller Leuzinger lo hacen para el gobierno brasileño y encuentran sólo caripunas<sup>24</sup>. Según Henry Pearson, que describe las relaciones entre los indígenas y las empresas brasileñas que construían el ferrocarril Madera-Mamoré, todo trabajador de la compañía debe firmar un contrato por el cual se compromete a no intimar con las mujeres caripunas ni venderle armamento a los hombres. Pero, en términos generales, las relaciones parecen ser amistosas; así, este autor evoca con nostalgia la abundancia de tortugas y pescado en los campamentos ferroviarios, provistos por los caripunas<sup>25</sup>. Neville Craig afirma –lo que es infrecuente– que incluso vio cuatro caripunas trabajando en una barraca<sup>26</sup>. No menos positiva es la opinión de los ingenieros Keller Leuzinger:

Encontramos algunas canoas hechas de corteza de Jatubá, pertenecientes a los indios Caripunas, que habitan las márgenes en esa altura. Los tripulantes, hombres y mujeres, en número de 10 a 12, de los cuales los primeros iban desnudos, nos convidaron para ir a la ranchería. Aceptamos brindándoles cuchillos, tijeras, anzuelos, etc. En cambio nos dieron algunas raíces de yuca y maíz. Todos se condujeron perfectamente y nos separamos en la mejor armonía. Algunos días después, arriba del Calderón del Infierno, encontramos otra horda de Caripunas, con quienes cambiamos herramientas con parte de la rica presa que habían hecho en la caza de antas y puercos monteses. En esta ocasión se comportaron tan pacíficamente como los anteriores, sin mostrar miedo ni intención hostil de ninguna clase<sup>27</sup>.

---

<sup>24</sup> Villar, Córdoba y Combès, *ob. cit.*, p. 98.

<sup>25</sup> Henry Pearson, *The rubber country of the Amazon. A detailed description of the great rubber industry of the Amazon valley, which comprises the Brazilian states of Para, Amazonas and Matto Grosso. The territory of the Acre, the Montana of Peru and Bolivia, and the southern portions of Colombia and Venezuela*, Nueva York, The India Rubber World, 1911, p. 98.

<sup>26</sup> Neville Craig, *Recollections of an Ill-fated Expedition to the headwaters of the Madeira river in Brazil*, Londres/Filadelfia, J. B. Lippincott Company, 1907, pp. 256-257.

<sup>27</sup> José Keller Leuzinger y Francisco Keller Leuzinger, *Exploración del Río Madera en la parte comprendida entre la cachuela San Antonio y la embocadura del Mamoré por los ingenieros brasileiros José y Francisco Keller*, La Paz, Imprenta de la Unión Americana, 1870, p. 11; Francisco Keller Leuzinger, *The Amazon and Madeira Rivers. Sketches and descriptions from the note-book of an explorer*, Londres, Chapman and Hall, 1875, pp. 57-58.

Con mayor o menos claridad, pues, los testimonios brasileños parecen sugerir que la violencia interétnica es un pecado exclusivamente boliviano. En líneas generales, de hecho, la literatura del lado boliviano ciertamente acumula referencias negativas sobre los caripunás, y algunos autores hasta les imputan la matanza de Buen Retiro –atribuida, como hemos visto, a los pacaguaras. El teniente Baldivieso informa que por todas partes hay caripunás armados con rifles que asaltan las barracas en el Acre<sup>28</sup>. Para el coronel Quintín Quevedo, si bien estos indígenas son « tratables » no dudan en cometer actos de violencia<sup>29</sup>. Hay que recordar, aquí, que los caripunás son los principales imputados por el asesinato del cauchero Gregorio Suárez, en 1873, vengado cruelmente por su hermano Nicolás Suárez, el patriarca gomero, quien justamente financia de forma privada buena parte de las tropas bolivianas que enfrentan a Brasil durante el conflicto del Acre. Franz Ritz, un suizo que trabaja para la empresa Braillard, narra los incidentes con un nivel de detalle escabroso:

Por otro lado [los caripunás] habían matado a un hermano de Suárez. Él había hecho un viaje de Cachuela Esperanza hacia San Antonio. Un día del viaje, él [Gregorio] recibió la visita de un grupo de garipunás y en esta oportunidad quiso convencerse a sí mismo de si los salvajes eran tan buenos con el arco como se decía. Fueron con flechas y eligieron un blanco. Para mostrarle a los indios que él también se sabía defender muy bien, tiró con su Winchester al mismo blanco con el mismo éxito con que los indios lo hacían con sus flechas. Uno de los indios pareció interesarse en su arma y le hizo saber a Suárez que él también quería intentar tirar. Suárez le explicó el mecanismo y le entregó el arma. Súbitamente el salvaje se volvió con el arma contra Suárez y le disparó. El tiro lo mató y los restantes indios se arrojaron sobre Suárez para robarle la mercadería, aquella que se podían llevar. Los pocos sobrevivientes lograron llegar hasta Cachuela Esperanza, e informar del suceso. El indignado Suárez [Nicolás] mandó entonces por ese tiempo una expedición de castigo, que viajó con botes de caucho río hacia abajo en el Madera. Como se esperaba, apareció una tarde un grupo de garipunás y se acercaron al bote. De la manera usual fueron obsequiados con té dulce y luego se sirvieron los licores. Suárez había envenenado una parte de los licores con estricnina y los salvajes se emborracharon. Poco tiempo después, naturalmente todo el grupo se murió. Suárez había

---

<sup>28</sup> Pastor Baldivieso, *Informe que presenta al señor Ministro de Colonización el Intendente de la Delegación Nacional en el Noroeste, Teniente Coronel Pastor Baldivieso*. Bolivia, Riberalta, La Paz, Taller Tipográfico, 1896, p. 61.

<sup>29</sup> Quintín Quevedo, «The Madeira and its Headwaters», en Church G.E., (ed.), *Explorations Made in the Valley of the River Madeira, from 1749 to 1868*, Londres, National Bolivian Navigation Company, 1875, p. 177.

vengado a su hermano. Con todas estas dificultades uno debía contar cuando hacía la ruta del Madera<sup>30</sup>.

El polo opuesto del salvajismo caripuna es personificado por el salvajismo mucho más amable de los chacobos, descritos generalmente como indígenas «dóciles» o «mansos», al punto de que aparecen visitando grandes poblados como Exaltación:

Los indios que ocupan la banda boliviana del Mamoré, singularmente la región vecina a las cachuelas, son los chacobos y sinabos, tribus mansas de la nación pacaguara, que a veces visitan Exaltación de Mojos y a menudo salen al encuentro de los navegantes, que los llaman 'indios gritones' por los japapeos o ademanes y gritos violentos con que llaman la atención [...] Van completamente desnudos, aunque disimulan lo que la decencia manda tapar, con un artificio que despierta hilaridad de los viajeros del Mamoré; los cuales, sin distinción, regalan a esta pobre gente con tabaco, yucas y plátanos, amén de algún trago de aguardiente que contribuye a que la despedida sea más ruidosa que la bienvenida<sup>31</sup>.

Luigi Balzan también los caracteriza como seres amistosos, llamados « indios gritones » por su costumbre de salir al encuentro de los navegantes gritando y haciendo ademanes para captar su atención<sup>32</sup>. Si bien suelen ser ponderados como amigables, a veces los chacobos también provocan problemas, sobre todo relacionados con el ganado salvaje que ronda los campos situados entre Beni y el Mamoré, al que consideran propio. También mantienen buenas relaciones con los cayubabas y los movimas, e incluso con algunos grupos caripunas o pacaguaras<sup>33</sup>. El fraile Armentia, que los visita en sus viajes, afirma encontrar entre ellos fugitivos movimas y cayubabas que huyen de las barracas:

Salían antes con frecuencia al río Beni, a buscar plumas para flechas; según han declarado algunos Cayubabas, que después de haber residido algún tiempo entre los Chacobos, se salieron y han entrado a los trabajos de gomas en el río Beni, no se ha podido hasta ahora saber positivamente el lugar a donde salían, pero aseguran que primero

---

<sup>30</sup> Franz Ritz, *Kautschukjäger im Urwald*, Zürich/Leipzig, Orell Füssli Verlag, 1934, p. 37.

<sup>31</sup> Ciro Bayo, *El peregrino en Indias. En el corazón de la América del Sur*, Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1911, p. 338.

<sup>32</sup> Luigi Balzan, *A carretón y canoa. La obra del naturalista Luigi Balzan en Bolivia y Paraguay (1885-1893)*, La Paz, IFEA/IRD/Embajada de Italia/Plural, 2008, p. 331.

<sup>33</sup> Antonio Pauly, *Ensayo de etnografía americana. Viajes y exploraciones*, Buenos Aires, Peuser, 1928, p. 142; Villar, Córdoba y Combès, *ob. cit.*, p. 67.

atravesaban un arroyo grande; que no puede ser otro que el Jeneyassu o Jenesuaya<sup>34</sup>.

En 1909, Erland Nordenskiöld visita a los chacobos. Confiesa que debe pagarle «un precio escandaloso» a un tal Vargas para que lo guíe hasta ellos. Vargas posee una plantación de caucho en el lago Rogoaguado, y hay con él «algunas mujeres chácobo y sus hijos». Aparentemente el gomero conoce a los chacobos desde hace cuatro años, por más que el contacto sea intermitente<sup>35</sup>. Junto a Vargas, a sus hijos y a un muchacho chacobo, el sueco emprende el viaje, rodea el lago y finalmente llega al río Caimanes, donde encuentra una aldea chacobo abandonada llamada Huátahue y comienza a atisbar la verdadera naturaleza de la relación entre Vargas y los chacobos:

Después de dos días llegamos a un bosque en el que hace cuatro años Vargas visitó a los chácobo. Nos dice que llegó a ser un buen amigo de ellos y que les había ayudado en su lucha contra otra tribu, posiblemente los sirionó. En estas luchas murieron dos chácobo, y sus mujeres e hijos siguieron a Vargas hasta su casa, a donde viven ahora. Uno de éstos es el muchacho que nos acompaña. Pero parece que no se fueron con él tan libremente, como se desprende de lo que más tarde advertí<sup>36</sup>.

Mansos, amigables, gritones, extraños, dóciles, apacibles son algunos de los epítetos más frecuentes para describir a los chacobos. A diferencia de sus parientes pacaguaras y caripunas, no aparecen en las fuentes caracterizados de forma negativa. Son considerados salvajes por su desnudez, o por sus adornos corporales, pero a la vez todas las fuentes coinciden en recalcar su trato amable. Si bien no trabajan la goma durante el boom cauchero, pues aprenden a hacerlo recién en la década de 1960, por iniciativa de los misioneros del Instituto Lingüístico de Verano<sup>37</sup>, los chacobos merodean las barracas:

El día de mi salida llegó una tropa de salvajes a la barraca. Eran chacobos [...] Hubiera querido avanzar hasta estas aguas, sobre todo para conocer la vida de los chacobos ahí asentados. Y realmente llegué a un acuerdo con el mayordomo, quien es amigo de los chacobos. En el próximo viaje que haría, él me llevaría a los chacobos [...] Los chacobos

---

<sup>34</sup> Armentia, *ob. cit.*, p. 137.

<sup>35</sup> Erland Nordenskiöld, *Indios y blancos en el Nordeste de Bolivia*, La Paz, APCOB/Plural, 2003 [1922], pp. 85-86.

<sup>36</sup> Nordenskiöld, *ob. cit.*, p. 89. Luego el sueco relata que al regresar vio que los chacobos habían quemado la casa de este cauchero y se habían llevado las mujeres y los niños, en clara señal de enemistad.

<sup>37</sup> Lorena Córdoba, «Misioneros-patronos e indígenas-siringueros: el caucho entre los chacobos del Beni (siglo XX)», *Boletín Americanista*, 65, 2012, pp. 85-106.

mantenían una relación amistosa con mi anfitrión. Se mezclaban con los obreros, a los cuales conocían aparentemente de visitas anteriores. El motivo de su visita era mendigar azúcar y fósforos. También les gusta fumar cigarrillos, cosa que sólo aprendieron en la barraca. En casa no fuman, tampoco tienen tabaco<sup>38</sup>.

Carl Blattmann trabaja como contador para Nicolás Suárez en Cachuela Esperanza, combinando su trabajo con la fotografía, lo cual le permite ser testigo privilegiado del auge y caída del emporio Suárez y de la vida cotidiana en las barracas. Entre su colección de imágenes podemos observar dos fotografías de chacobos retratados a pocos meses de su llegada a Bolivia, en 1906, bajo el título de «Chacobos» y «Bárbaros bailando». Las fotografías son tomadas en asentamientos relativamente cercanos a Cachuela Esperanza, en un evidente clima de buena voluntad: así, por ejemplo, una de las imágenes muestra a un grupo de hombres chacobos tocando la zampoña durante una fiesta<sup>39</sup>. Recordemos, por otra parte, que se trata del mismo lugar y casi del mismo período en el cual la aparición de una canoa con pacaguaras provoca una alarma general y descargas históricas de fusilería: sin embargo los chacobos parecen ser bien recibidos, y se presentan con asiduidad en la capital gomera en busca de herramientas, azúcar, sal, etc.

El último testigo también es suizo y trabaja para Nicolás Suárez. Ernst Leutenegger se casa con la hija mayor del patriarca gomero, Esperanza, y luego dirige la sucursal de Suárez & Filhos en Pará hasta la década del 1940. Al separarse de Esperanza se muda a Londres, donde sigue trabajando para los Suárez hasta su muerte en 1942. Cuando escribe sus andanzas bolivianas, Leutenegger afirma que no recuerda chacobos trabajando en las barracas, pero sí otros indígenas. A los primeros los llama «indígenas salvajes», y describe sus técnicas para construir casas, el cuidado de los infantes, la poligamia cacical o la división sexual del trabajo. El suizo traba amistad con varios chacobos, e incluso salva la vida del hijo enfermo de un cacique. Y a los chacobos, justamente, dedica el final de su libro:

Bajó el precio de la goma [...] La Madera-Mamoré fue inaugurada [...] Cachuela: progreso [...] Clubes [...] tenis [...] cine [...] teatro [...] hospital [...] Únicamente mis antiguos vecinos, los indios Chacobo del Río Benicito y del Geneshuaya, no se habían dejado influir ni echado a perder por el barullo de la goma, sino que seguían viviendo su existencia

---

<sup>38</sup> Ritz, *ob. cit.* pp. 138-139.

<sup>39</sup> Ricardo Centeno y Patricia Fernández, *Imágenes del Auge de la Goma*, La Paz, La Papelera, 1998, pp. 23-24.

soñadora en la selva, sin preocuparse, modestos y contentos, como si no existieran el tiempo ni el cambio<sup>40</sup>.

### Palabras finales

Las líneas finales de Leutenegger pintan bien la atmósfera misteriosa que a través de los siglos envuelve a los panos bolivianos. Si pensamos en el contraste casi brutal entre la diplomacia un tanto bizarra de los chacobos y la violencia sistemática atribuida a los caripunás, advertimos no obstante que las categorizaciones étnicas varían en función del enunciador o de las coyunturas, como en el caso de los conflictos limítrofes –sabemos, así, que la percepción de los caripunás se matiza, o hasta se relativiza casi por completo, si optamos por el punto de vista descriptivo que nos ofrecen las fuentes brasileñas.

No obstante, en las crónicas del boom cauchero los panos mantienen el papel periférico que asumen en las fuentes coloniales<sup>41</sup>. Vistas las cosas desde el epicentro civilizador de las viejas misiones de Mojos, los indígenas por antonomasia siguen siendo aquellos que las fuentes caracterizan como «indios civilizados» (mojeños, cayubabas, baures, movimas, chiquitanos, etc.); los cuales, pasando a través del tamiz jesuítico y luego republicano, son cartografiados, bautizados, nombrados, adoctrinados, asimilados a la lógica del progreso, la civilización y el trabajo. Pero las fuentes caucheras también nos permiten apreciar que hay indios e indios, así como también toda una serie de razones que explican que haya muchos más estudios consagrados a los primeros que a los segundos. Es que los primeros son materia fértil para la documentación: son sedentarios, tienen nombres cristianos, asumen una función clara en la nueva sociedad. Por sobre todo, se las ingenian para adaptarse de forma más o menos exitosa a las demandas cambiantes de la fe, la moral, el mercado laboral y la causa republicana. Los «bárbaros», en cambio, no logran sino destacarse por su ornamentación corporal, por los rasgos extraños de su personalidad, por su lengua, por su higiene, incluso en ocasiones por la misma antropofagia, metáfora última del salvajismo. No extraña, entonces, que las fuentes definan esa barbarie por la negativa: se trata de los indomables, los imprevisibles, los que no tienen moral, ni pudor, ni fe, ni cultura, ni autoridades, ni capacidad de generar excedentes.

En términos del imaginario nivelado de la alteridad que nos propone la documentación, los panos son construidos como el polo más irreductible y extremo del exotismo –como, por otra parte, permite

---

<sup>40</sup> Ernst Leutenegger, *Menschen im Urwald: ein Schweizer erlebt Bolivien*, Metz, Zürich, 1940, p. 312.

<sup>41</sup> Villar, Córdoba y Combès, *ob. cit.*

apreciar la manipulación más o menos descarada de las fotografías del período (figs. 1, 2 y 3). Si los «salvajes» son independientes, marginales o periféricos respecto de la órbita jesuítica, como luego también lo serán de la cauchera, las fuentes construyen una vez más a los panos en clave de exotismo y marginalidad, a diferencia de esos otros «salvajes» regionales como los cavineños o los araonas, que se integran sin problemas a la industria cauchera. De forma cautelosa, amistosa o violenta, pero en última instancia imprevisible, los panos aparecen en la periferia de las barracas como actores de reparto con una agenda propia, que reclaman objetos materiales, comercian con los caucheros pero también pueden atacarlos, porque en definitiva no hacen más que participar de forma indirecta de la reproducción del sistema.



Fig. 1 - Foto "original". Pacaguaras y caucheros  
(Sin autoría. Fuente: Fondo A. Vázquez)



Fig. 2 - Foto trucada. Desaparecen los caucheros, se agregan arbustos y los indígenas son llamados “garipunas” (caripunas)  
(Fuente: Ritz 1934)



Fig. 3 - Foto trucada. Desaparecen los caucheros sobre un fondo liso, y los indígenas vuelven a ser “pacaguaras”  
(Fuente: Wegner 1936)

### Fuentes periodísticas citadas

*La Gaceta del Norte* (Riberalta)

23 de octubre de 1887

9 de noviembre de 1887

15 de junio de 1906

*La Voz del Beni* (Riberalta)

19 de agosto de 1962

RESUMEN – El artículo analiza la construcción de representaciones sobre los indígenas de la familia lingüística pano de la región amazónica boliviana durante el boom de la goma (fines del siglo XIX y principio del XX). Se plantea que dicho imaginario no fue homogéneo ni estable, y que los pacaguaras, chacobos y caripunas fueron estereotipados por los observadores de diversas maneras.

PALABRAS CLAVES: Amazonía boliviana, Caucho, Indígenas, Panos, Representaciones.

RÉSUMÉ – L'article analyse la construction de représentations sur les Indiens de langue pano dans l'Amazonie bolivienne pendant le boom du caoutchouc (fin XIX<sup>e</sup> siècle-début XX<sup>e</sup>). Cet imaginaire ne fut ni homogène ni stable, et les Pacaguaras, Chacobos et Caripunas ont fait l'objet de divers stéréotypes de la part des observateurs.

MOTS-CLÉS : Amazonie bolivienne, Caoutchouc, Indiens, Pano, Représentations.

ABSTRACT – The article discusses the construction of social representations on the Panoan indigenous peoples of Bolivian Amazonia during the rubber boom (late 19<sup>th</sup> Century and early 20<sup>th</sup> Century). It is argued that this imagery was neither homogenous nor stable, and that the Pacaguara, Chacobo and Caripuna were portrayed in multiple ways by their observers.

KEYWORDS: Bolivian Amazonia, Rubber Boom, Indigenous Peoples, Panoan, Representations.